

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES. . . . 4 RS.
 POR TRES MESES. . . 40
 POR UN AÑO. . . . 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES. . . 42 RS.
 POR SEIS MESES. . . 24
 POR UN AÑO. . . . 50

EL AMOR EN EL SIGLO XIX.

LOS AMANTES PINTADOS POR SI MISMOS.

Un solteron egoista.—El amor es un camino por donde anduve, mientras no se me lastimaron los pies. Guardo el amor en el pecho como el que deja arder una vela; cuando quiero dormir la apago, porque su luz me roba el sueño.

Una fashionable.—El amor, como un par de guantes, se pierde con el uso; para los hombres no es una necesidad amar, pero si tener un amor, y como los



Un solteron egoista.

guantes les gusta lucirlo flamante; por eso, los mas estrenan uno cada dia.

Una marisabidilla.—Como el amor dicen los cultos que se guarda en el pecho, para muchos hombres es un mal crónico; los hay propensos á coger un amor como



Una coqueta de buen género.

á coger un constipado; hombres que al volver una esquina, el viento que pasa les produce una afeccion en los bronquios, ó la muger que pasa una afeccion en el corazon. Desgraciadamente, la que pasa despues, es un remedio eficaz para estos males; un catarro tras otro no es grave para el individuo, porque se curan; lo espuesto es uuo continuado, porque echa profundas raíces. Cuando ataca una pulmonia y se escapa del peligro, debe el enfermo tomar otros aires; las pulmonias matan todavia, pero los amores fulminantes pertenecen á la historia.

Una Safo incógnita.—El corazon de la muger es un libro; sus hojas se manchan pronto, porque ella en su desvario no examina la tinta donde moja la pluma para inscribir el nombre de un amante; la tinta del amor no

es indeleble, pero tampoco duradera. ¡Se borra tan fácilmente un nombre en ese libro!—Cuando creí que no quedaban hojas para escribir, lo encontré en blanco.



Una fea desabrida.

Un buscon del siglo.—Soy buen mozo; pero no tengo mas vellones que los de mi barba. Voy á casa de Utrilla, Dubost y Pelaez para que me conviertan en leon, pues no faltará alguna pantera que me eche la garra. Casado, ya con un capital, es decir, puesto en carrera, pagaré mi fiada fashion; si no lo consigo, rezaré el Padre nuestro y se me perdonarán mis deudas, como yo perdono á mis deudores (porque no los tengo.) El amor es una California para los hombres de mi presencia.

Una coqueta de buen género.—Mi corazon es un cementerio ambulante donde nunca falta un nicho y una lápida para el amante de hoy.

Un polluelo.—El amor es la exaltacion del alma; es el estremecimiento que sufro al contacto del vestido de seda de mi novia ó el dulcísimo deliquio que experimento al estrechar su cintura, siguiendo por instinto el compás de una polka ó un wals. Necesito destinar cada dia algunas horas para aprender á amar como las destino para aprender mi leccion de matemáticas ó derecho. El amor se enseña en un colegio que se llama mundo; sus lecciones son prácticas.

Una mamá (presunta suegra).—Sujeto el novio de mi niña bajo mi terrible influencia, le voy formando á mi imagen y semejanza. Su corazon es una tela que voy cortando por el patron que me sirvió para formar el de mi hija.

Una fea desahuciada.—El amor es como un zapato nuevo, que siempre lastima; quiero caminar por el mundo sin que nada me atormente; no es preciso amar; la tranquilidad es la base de la dicha suprema



Un filósofo.

Un hortera.—Solo me acuerdo los domingos de que tengo corazon; guardo el amor en los bolsillos de mi frac, y solo esos dias lo uso. Como el amor no cuesta dinero, lo prodigan mis labios en los bailes ó en Cham-

berí, y cuando vuelvo á casa encierro el corazon en la caja de los maravedises para que les tenga cariño.

Un fátuo de salon (vulgo dandy).—El amor es la toilette del corazon; él lo reviste de unas galas que solo ve la persona amada. Necesito que el mundo vea mi amor, y por eso lo llevo en mi figura con mi estudiada corbata y mis botas de charol.

Una muger de mundo.—El amor es para mí una necesidad tan indispensable como el sueño, el espejo, la mesa, el fastidio y mi perro de lanas; es una luz donde vienen á quemarse esos fátuos que me galantean y que, siendo mis satélites, hacen mi reputacion.

Un filósofo.—El amor es un pozo de agua cristalina; pero los hombres se dan tal maña, que lo revuelven y sacan solo el cieno del fondo.



Un poeta romántico.

Un necio con puntas de bufon.—El amor es un caldero de salsa donde todos mojamos el corazon para calmar el apetito.

Un poeta romántico.—El amor es una fiebre; vive y se alimenta de insomnios y muere con la desesperacion.



Una muger de mundo.

Un poeta clásico.—El amor es un madrigal, picante como una salsa de almejas y jugueton como un niño; es un entreacto de la vida monótona, un sueño en un sofá no tan mullido como la cama. Me dejo arrastrar por el amor y forjo sus contrariedades para saber de todo. El amor es un drama de sabidas y estudiadas peripecias.

Una solterona histérica.—Cada hombre es un cosmorama. Si todas encontrasen como yo el cristal para ver su interior, no se casarian. Cada vez estoy mas contenta, porque moriré soltera, sin ser victima de los hombres, que son fango, ni del amor, que es una frivolidad.

Un don Juan.—El mundo es una orgia desenfundada; el amor es el vino; las mugeres son las copas donde se liba. Yo, convidado digno, pruebo todos los vinos en

todas las copas; los mas son espirituosos, y cuando salta la tapa se lleva consigo el corazón; el corazón es para el amor lo que la espuma para el vino; la efervescencia pasa pronto.

Un Juan sin don.—Soy feliz con mi consorte y eso que nunca supe lo que era amor. ¡Como mienten los poetas! Las mugeres deben sentir mas la pasión; la mía se entusiasma y se le encandilan los ojos cada vez que habla de amor con ese primo suyo que se me ha entrado por las puertas. ¡Buen provecho le haga al tal primo! Ella le cuenta todas sus impertinencias y él la acompaña á todas partes. El primo de mi muger es mas sufrido que yo; es una victima de su amor.

Una Mesalina en flor.—Dicen que el corazones el almacén de las pasiones; creo que el corazón es necesario para vivir; pero no para querer. Si la muger hermosa es una mina, mi amor será un filon que explotaré, y me dará una casa y muebles y carruaje y lujo para adornarme. Me pondré por acciones; ¿quién quiere comprar amor?

Una actriz sobresaliente.—Ya se sabe que el teatro es una farsa donde se finge siempre; el mundo es tambien un teatro con escenario mas grande; pero todos en él somos actores. Cuando pinto mi pasión en las tablas no hago mas que copiar al mundo; solo que en el teatro se finge para muchos espectadores, y en el mundo para un hombre, que es el público á quien se engaña. ¿Es acaso el amor otra cosa que un papel que se ensaya y se estudia para producir un afecto.

Un Mercurio-hembra.—El amor de los hombres es un dinero capitalizado, que me paga el tanto por ciento de agencia.

Una vieja jubilada.—El amor es un libro palpitante de actualidad, que se lee con el corazón, y que solo se escribe para el día.—Mi corazón no sabe ya leer, y cuando mas deletrea una historia.

Una niña á la dernière.—Ya tengo quince años; ya me compraron trages, flores y cintas; ya sé bailar la polka, el wals y la redova; solo me falta el amor de un hombre que se case conmigo. Así me lo dice mamá, y en cuanto un hombre me asegure que me quiere, se lo participo á ella para que tome sus informes. El amor es la puerta por donde se entra al templo del matrimonio.

Un aya comme il faut.—El niño-amor es un bribonzuelo muy listo. No sé como se las compone; trae y lleva miradas y suspiros, y lo que es mas visible, cartas, sin que nada perciba yo. Recuerdo que algunas veces me ciega con dos monedas que á guisa de gafas me ponen en los ojos.

Un amante desdeñado.—¡Ay Julia! hiciste bien en no quererme; solo hubiéramos conseguido engañarnos mutuamente. El amor es un convenio para pasar el tiempo.

Un predestinado.—El amor es un cálculo egoísta, hijo siempre de la voluntad. Ya tengo tantos miles de renta y puedo amar, porque ya puedo casarme. Buscaré una muger bonita que me inspire.

Un loco cuerdo ó un cuerdo loco.—El amor es un sueño; su despertar se llama matrimonio. El amor es el borde de un abismo; este abismo se llama matrimonio. El amor es un río cristalino que se lo traga un mar oscuro; este mar se llama matrimonio. El amor es la orgía y el placer; el matrimonio es la embriaguez y el hastío.

Un veterano sans faison.—El amor entra en el corazón, como la pólvora en el fusil; ambos son combustibles, y cuando se encienden salen súbitamente; despues de la explosion solo queda un calor que se pierde bien pronto. El amor se pertrecha en la muger, que es una trinchera muy débil; la mas fuerte se rinde á discrecion, sitiándola por hambre, porque al fin la obliga á entregarse el apetito.

Un escéptico á los veinte años.—¡Qué estupidez! ¡Amar! ¡y amar á una muger! ¡tanto valdria poner su amor en la Cibeles del Prado! ¡Oh! los desengaños me enseñan: voy á escribir un folletín que me inmortalizará. ¡Qué mugeres y qué amor! Tengo mucha esperiencia... ¡Las nueve! ¡Ay! me voy á ver á Elisa, porque me regaña cuando tarde. ¡Elisa es una excepcion de la regla! ¡es un ángel! ¡cómo me ama!

El mismo á los treinta años.—El amor nace como la rosa por la mañana; vive al calor del sol y muere por la noche. Cada veinte y cuatro horas entra de servicio una muger distinta; el amor es solo la consigna que debe guardarse.—¡Cómo exageraba anoche Filena pintándome su pasión! pero en cambio ¡cuántas mentiras la dije!... Voy á casa de Clementina.

El mismo á los cuarenta años.—¿Es posible que haya hecho yo tantas locuras por el amor, y sobre todo por las mugeres? ¡Hay felicidad mas grande que tener una esposa querida y una caterva de niños que nos llamen papá?... ¡Oh!...

El mismo á los cincuenta años.—¡Qué juventud! En mis tiempos se amaba de otro modo y se respetaba mas la moral. ¡Los hombres de hoy son malos! ¡pero las mugeres!....

T. GUERRERO.

LOS GAMBUSINOS.

Esa ardiente sed de oro que devoraba á los españoles (y tambien á los extranjeros) en los primeros tiempos de la conquista, es todavía hoy uno de los rasgos característicos de algunos de sus descendientes que for-

man una parte de la población nómada y errante, diseminada en las inmensas regiones situadas entre los Estados Unidos y las fértiles provincias del Méjico Septentrional.

Los tres grandes ramos del comercio de este país están explotados por aventureros de una civilización dudosa: la peletería por los cazadores, los ganados vacunos y caballares por los vaqueros, y los metales preciosos por los gambusinos, ó buscadores de oro.

En la obra de un viajero publicada recientemente, encontramos sobre estos últimos detalles en extremo curiosos, acerca de sus costumbres, aventuras y peligros á que se ven amenudado espuestos. Su existencia precaria presenta fases dignas de un estudio especial, y creemos que los lectores de LA SEMANA leerán con gusto un ligero extracto de lo mas importante que contiene la obra precitada.

La denominación de gambusinos se aplica indistintamente á una multitud de mineros vagabundos y metalúrgicos prácticos, que parecen dotados de un instinto maravilloso para descubrir las vetas de oro, mas abundante al Norte que en ningun otro punto del país. Desprovistos del capital necesario para practicar escavaciones subterráneas, apenas pueden remover la superficie de la tierra; pero algunos indicios, por lo regular infalibles, bastan para indicarles la presencia del mineral. La matriz de este se compone casi siempre de rocas de cuarzo, en forma de masas irregulares y salientes, llamadas *crestones*, dispersas sobre la ardiente y árida llanura, á veces en una estension de muchas leguas. El gambusino no viaja nunca sin su *barreta*, (barra de hierro puntiaguda), y no bien encuentra una de las referidas rocas, arranca con auxilio de aquella algunos pedazos, que somete luego á la acción de un fuego vivísimo, y prosigue ó abandona su trabajo, segun la cantidad de mineral que contienen estos.

A veces un fragmento al partirse, deja ver varios granos de oro; á su vista el solitario explorador redobla su energía, y se olvida de todas las privaciones para seguir la veta que no abandona, hasta que se profundiza demasiado. Entonces vende la mina á cualquiera bastante rico para comprársela, y se trasporta sin pesar hacia otro parage.

El mismo instinto guía á los gambusinos en la exploración de los ríos, cuando van en busca del polvo de oro, ocupación mas peligrosa y provocativa, si cabe, que la primera. Siguen los ríos y torrentes en las montañas hasta su origen, teniendo durante estos azarosos viajes repetidos encuentros con los indios, concurrentes vigilantes y codiciosos que matan á los intrusos sin piedad ni misericordia.

Sucede muchas veces que al revolver de una corriente de agua ó riachuelo, descubren un depósito de granos, polvo y tambien alguna veta de oro, que les recompensa con susira todas sus fatigas, sufrimiento y privaciones; y al mirarlos volver cargados de botín, familias enteras, escitadas por el cebo de tales riquezas, se ponen en marcha y van á desafiar los peligros del desierto en busca de una fortuna semejante. Se han visto hacer descubrimientos que pueden rivalizar con las maravillas que cuenta Garcilaso de los *Incas*; hánse encontrado gruesos pedazos de oro entre las cenizas apagadas del fuego de un campamento; y algunos viajeros errantes á la ventura han tropezado con otros, notables por su brillo, é indicio cierto de una gran riqueza mineral en los alrededores. Se calcula que la cuarta parte del oro que sale anualmente de Méjico proviene del trabajo de los gambusinos.

Los buscadores de oro tienen por cuarteles generales los villorrios de *Bacuache* y *Nacoma*, situados en las vertientes opuestas de la cadena de montañas regadas por los dos brazos del río *Wris*, y separados de los otros parages civilizados por un árido desierto de muchas leguas de estension. Los habitantes de cada villorrio se miran mutuamente como enemigos mortales, y aprovechan con ansia todas las ocasiones que se les presentan de matar á los individuos, ora aislados, ora en grupos numerosos, que encuentran explorando la montaña.

Arrastrado del vivo deseo de conocer esta localidad interesante, el autor de la relacion que mas abajo insertamos, partió acompañado de un guia con ánimo de visitarla.

El guia cuyo nombre era el de Anastasio, marchó todo el día, sin que al parecer se aperciese de la presencia de su compañero; pero al caer la tarde, detuvo su caballo y cogiendo por la brida el de aquel, le dijo:

—¿Qué mas podemos desear?... Aquí tenemos agua para nosotros, yerba para nuestros caballos, leña de sobra, y muy principalmente esas lianas de flores azules, el mas soberano remedio contra la mordedura de las serpientes.... ¿No os admira, añadió desensillando los caballos, el modo como la Providencia ha colocado siempre el antídoto al lado del peligro?... Do quiera que encontréis estas lianas, estad seguro que las serpientes de cascabel se encuentran tambien en grande abundancia. ¿No veis allí arriba aquel pájaro parecido á un faisán, que gira por encima de nuestras cabezas, y aquel otro negro del tamaño de un pichón?... Pues esos dos pájaros son los enemigos mas terribles que tienen las serpientes, y á los que ellas mas temen, porque están dotados de un instinto admirable para su destruccion. Su permanencia aquí confirma lo que os he dicho: este parage está infestado de serpientes.

—¡Demonio!... ¿entonces por qué lo has escogido?... exclamó lleno de sorpresa el viajero, á quien deja-

remos desde este punto continuar su propia narración.

—Porque en todas partes encontráremos los mismos inconvenientes, replicó Anastasio, sin estar seguros de encontrar las mismas ventajas.

Y así hablando, arrojó al suelo las dos pesadas monturas y estendiendo al lado dos pieles de carnero invitóme á que me acostase interin preparaba la comida. No acepté su oferta por el pronto; pero no bien acabamos de comer, me tendi cuan largo era en mi lecho improvisado, y pregunté á mi compañero si habia estado alguna vez en Bacuache. Sonrióse á esta pregunta, considerándola tal vez una necedad, y contestóme que todos iban, al menos una vez en su vida.

—¿Y nunca habeis sentido tentaciones de dedicaros al lucrativo negocio de los gambusinos?

—No; respondiome con aire de profunda tristeza; el oficio es á veces muy malo, malísimo! y el aprendizaje que hice de él en mi juventud me ha escarmentado para el resto de mi vida.

Supliqué á Anastasio que me esplicase aquel misterio, y no sin hacerse rogar un buen rato, me habló al fin en estos terminos:

—Tenia yo 15 años, al presente cuento 35, cuando mi padre, que era un gambusino emprendedor y valiente como él solo, oyó hablar de una mina riquísima, y resolvió partir en su busca, llevándonos á mi y á dos hermanos mas en su compañía.

Tambien iba con nosotros el hombre que habia anunciado el descubrimiento: sus palabras de tal modo inflamaron nuestra imaginación, que no perdimos un minuto en el camino. Al espirar el décimo día llegamos al último establecimiento limitrofe con el desierto, y allí cada uno de nosotros contribuyó á formar una especie de masa preparada al efecto, para servirnos de alimento en el viaje.

La mina que íbamos á buscar estaba situada cerca de un arroyuelo; pero antes de llegar á éste, debiamos atravesar un estenso y ardiente arenal, donde no se encontraba ni una gota de agua. Una tarde que nos moriamos de sed, nos encontramos con que ya solo nos quedaba una calabaza llena para los cinco. Tan rabiosa era nuestra sed, tanto sufríamos, que nos insultamos y golpeamos por asegurarnos la posesion esclusiva de aquella calabaza.

En el calor del combate el amigo de mi padre echó mano á su cuchillo y le atravesó el pecho. Cayó mi padre moribundo; pero mi hermano mayor se precipitó sobre el asesino, y le mató de una sola puñalada. Mi desgraciado padre, cuya sed se habia aumentado con la pérdida de la sangre que corría á gruesos borbotones de su herida, pedía agua á gritos. Lancéme yo sobre la calabaza, pero, ¡ay! se habia roto durante nuestra contienda y escapábase por sus hendiduras el líquido que contenía.

Llegó la noche, noche eterna y horrorosa, durante la cual las reiteradas súplicas de nuestro padre que pedía agua! ¡agua! con una voz estertórea y ronca, que se iba debilitando por grados, eran el único ruido que turbaba la pavorosa calma del desierto. Mis hermanos y yo, corrimos como locos de aquí para allí, buscando agua y sin saber que hacer para aliviarle: por último, los gemidos del anciano, dejaron de oirse.... ¡El infeliz acababa de morir! me senté á su lado, y lloré hasta que amaneció la aurora, hasta que apareció el astro del día, cuyos primeros rayos vinieron á reflejarse sobre las partículas de oro que brillaban entre la arena, enrojecida con la sangre de mi padre!

No necesito decirlo, señor, que ninguno de nosotros se atrevió á tomarlas; su vista solo nos horrorizó. Deliberamos, y como habia muerto el que debia guiarnos, resolvimos retroceder despues de haber enterrado á nuestro padre; en cuanto al otro cadáver, allí quedó abandonado á los buitres y aves de rapiña. Ahí teneis la razon de no haberme dedicado á ese maldito oficio; ahí teneis la razon de que lo mire con disgusto y repugnancia invencible.

—¿Y qué ha sido de vuestros hermanos?

—El mayor hizo la misma resolucion que yo; pero Pedro, el mas jóven, persistió en hacerse gambusino, y es muy probable que le encontremos en Bacuache.

Todavía duró dos dias nuestro viaje: al cabo de este tiempo, llegamos al valle triste y sombrío donde se encuentra Bacuache. Pequeños grupos de hombres, cuya fisonomía brutal é inquieta no era la mas á propósito para inspirar confianza á nadie, se ocupaban en lavar el oro en el lecho de las rápidas corrientes que se precipitan de los flancos de la montaña. Preguntóles Anastasio por su hermano; y le respondieron señalando con la mano hacia un torrente que se divisaba al otro lado del valle.

Lanzamos nuestros corceles en la direccion indicada, doblamos una eminencia bastante escabrosa y vimos á un hombre que, metido en el agua hasta la cintura, se ocupaba activamente en construir un dique por medio de piedras amontonadas unas sobre otras. Era Pedro.

Un reconocimiento afectuoso, lleno de alegría, tuvo lugar entre estos dos hermanos que no se habian visto hacia algunos años. Pedro nos invitó á sentar nuestros reales por algunos dias en su choza, sin ocultarnos que no era pequeño el peligro á que nos esponiamos permaneciendo allí, por cuanto los gambusinos del inmediato villorrio de Nacoma, estaban en guerra abierta con los de Bacuache. Eché pie á tierra, y sentándome á orillas del torrente, mientras el buscador de oro continuaba su interrumpido trabajo del dique, interrogué sobre la causa que le determinaba á desviar el curso del arroyuelo.

—Señor, me contestó, desde la cascada que veis allí abajo hasta este sitio, no hay un solo guijarro ni un solo grano de arena que no haya pasado por mis manos. El resultado promete sobrepasar mis fundadas esperanzas, y por eso he levantado este dique ya casi terminado.

Su respuesta me dejó en la misma ignorancia que antes, y volví a interrogarle de nuevo.

Pedro sacó de una bolsita de cuero, oculta bajo su camisa, un pedazo de oro del tamaño de una nuez, cuyas estremidades aceradas y desiguales indicaban la falta del roce con otros cuerpos, y me dijo:

—¿Qué pensaríais vos de una mina que ofrece por muestra, fragmentos de oro tan superfinos como éste?

—Pensaría que debe ser muy rica.

—¿Nada más?

—Y que no debe distar mucho, puesto que ese fragmento no se ha desgastado con el roce.

—Lo habeis acertado.... La mina es riquísima y el oro viene de aquella pendiente inmediata á nosotros.

—¿Y no teméis que os ataque y quizá os asesine cualquiera de los muchos que envidiarán vuestra buena fortuna?

—¡Que venga en mal hora!... estoy preparado para recibirle.... no será el primero... Desde mi niñez estoy acostumbrado á los peligros de mi profesion. Sé cuánta prudencia y audacia se necesita para vivir entre estos beduinos, y tengo escondida en parage seguro una cantidad considerable de oro. Yo te revelaré donde está, hermano mio, añadió volviéndose á Anastasio, por si acaso algun día la suerte me traiciona...

Yo le escuchaba con creciente interés: habia algo tan singular y extraño en sus gestos, en su mirada y en sus palabras, que no me cansaba de observarle y oírle.

—Y no creais, señor, prosiguió él, que es la avaricia quien me impulsa á arriesgar con tanta frecuencia mi vida en estos horribles desiertos; no, no es la avaricia.... obedezco á un instinto invencible. Soy como el torrente destinado por Dios á arrancar el oro de las rocas, á arrastrarlo envuelto en sus aguas, y á esparcirlo en la llanura.

El gambusino no habia interrumpido su trabajo mientras hablaba, y el cauce del arroyuelo estaba ya casi seco. Creyéndose próximo al venero, inclinóse, metió sus dos manos en el fondo, y sacó un puñado de arena arcillosa que se puso á lavar cuidadosamente en un gran cubo de madera. El oro no se mostró al principio, y únicamente despues de diversos ensayos reiterados, vimos brillar algunos granos en el sedimento. El gambusino los recogió y los fue echando en una caña cuyas estremidades tapó con cera.

En seguida adelantóse como unos veinte pasos, y encontró pedacitos de oro en los primeros puñados de tierra que recogió. Sus sospechas se confirmaron, y estierzo le bastó para convencerse que la veta existia entre los dos parages que acababa de registrar. Tomó, pues, su barreta y descargó varios golpes sobre una roca de la orilla; la roca cedió al fin, y un trozo de ella cayó al suelo. Pedro la cogió, se puso á examinarla con aire impasible, y paseando alrededor una mirada de desconfianza y recelo, tomó un aspecto triste y desalentado, guardó el trozo de cuarzo en el bolsillo de su chaqueta, y dando un puntapié al frágil dique, derribó las piedras que lo formaban, y el torrente, volviendo á recobrar su primitivo lecho, ni siquiera dejó vestigios de la exploracion anterior.

Conservando siempre el mismo aire despechado y pesadoso, me invitó á que le acompañase á su choza, donde Anastasio nos aguardaba ya; pero no bien entramos, no bien estuvo cerrada la puerta, Pedro, depouiendo su aparente tristeza, que no era mas que una máscara para engañar á los que podian haberle estado espiondo, exclamó lleno de gozo, mostrando el fragmento de roca á su hermano:

—¡Mira, mira!... seremos ricos, muy ricos ¡Ah! muy azaroso y amargo ha sido mi pasado, ¡pero cuán brillante no será mi porvenir, dueño de una veta como ésta! ¡Oro, mas oro! añadió con entusiasmo, ¡mas oro que saldrá á la luz del dia, y circulará de mano en mano!

Luego que Anastasio le manifestó su sorpresa, y admiracion, á la vista de aquella magnífica muestra de su futura riqueza, surcada en todas direcciones por vetas de oro, nos entretuvimos conversando hasta bien entrada la noche, y en seguida nos retiramos á descansar. Todos estábamos muy fatigados, él de los trabajos del dia, y nosotros del viage.

Algunas horas habian trascurrido y estaba yo entregado al sueño mas profundo, cuando me despertó un ruido confuso y lejano, nada lisonjero por cierto: salté de la cama lleno de sobresalto, y aperebí una luz inmensa. Al otro lado del valle, un pino enorme envuelto en densas llamas, ardia desde el tronco hasta la copa. A su pavoroso resplandor, distinguianse varios hombres que corrían desalentados de un extremo á otro gritando: ¡Nacoma! ¡Nacoma!

Anastasio y Pedro, ya armados, se disponian á reunirse con los suyos para rechazar el ataque que se suponía hecho por los habitantes del villorio, situado del otro lado de la montaña. Anastasio se aprovechó de aquella ocasion para hacer presente á su hermano los muchos peligros del oficio á que se habia consagrado, y la conveniencia de abandonarlo por otro mas seguro, aunque menos lucrativo.

Inútiles fueron sus vivas instancias, el gambusino sacudió con violencia la cabeza y respondióle con tono firme y decidido: ¡Nunca! ¡jamás!

Acercóse á mí, y mostrándome á un compañero suyo que yacia gravemente herido en un ángulo de la choza, acostado en un miserable jergon; añadió:

—Abandonarle en ese estado seria lo mismo que matarle.... su suerte, como la nuestra, va á decidirse dentro de pocos dias, quizá de horas.... Señor, apelo á vuestra humanidad y nobles sentimientos; permaneced aquí para protegerle y velar por él, mientras nosotros vamos á ver de que se trata. Si no vuelvo.... cavad debajo de ese lecho y encontrareis el oro que he reunido aquí hasta ahora; hay bastante para hacer un buen funeral cristiano á mi pobre compañero, y tambien para enriqueceros á vos.... Allí está enterrado... nadie lo sabe; su existencia es un secreto que á nadie he revelado mas que á vos... porque á la verdad, seria una lástima que ese metal, que tantos afanes y trabajos me ha costado, permaneciese oculto y no circulase!

De esta manera se espresó el gambusino, y se alejó acompañado de Anastasio; pero á los pocos pasos entró de nuevo en la choza, y me hizo una advertencia que acabó de revelarme la singularidad de su carácter.

—En el caso que no tengais por conveniente aceptar esta herencia, me dijo, temiendo las tentativas que podrian hacer mis compañeros ú otros, para despojarnos de ella, os suplico que desenterréis el oro, y lo derrameis donde esté al alcance de los hombres.... La Providencia ha criado el oro para la felicidad de nuestra especie, y una vez arrancado de la tierra, es un delito volverlo á sepultar en sus entrañas!

Al pronunciar estas palabras salió Pedro seguido de su hermano llevando los dos en la diestra sus largos cuchillos; yo permaneci sentado un buen rato reflexionando sobre mi estraña posicion, y prestando el oído para escuchar el ruido del combate, que no dudaba turbaria en breve el silencio de la noche. Por fortuna mis temores eran vanos; el gambusino y mi guia volvieron al cabo de media hora y me informaron que todo habia sido una falsa alarma. Un pobre monomaniaco habia incendiado el pino con el objeto de celebrar la muerte de dos gambusinos, á quienes creia matadores de un hijo único, asesinado en una emboscada.

Seis dias despues, parti de Bacuache con Anastasio, conceptuándome dichoso de abandonar un pais, donde la ley del mas fuerte era la única que se acataba, y donde todos se creian autorizados para tomarse la justicia por su mano.

Debo confesar, no obstante, que me separé con sentimiento de aquel hombre singular, y aunque por entonces no volví á tener mas noticias de él, al cabo de algunos años supe que fiel á su vocacion y á su invencible instinto, habia vendido la rica mina á cuyo descubrimiento asisti yo, y vuelto á su peligroso oficio, escalando las alturas mas escarpadas é internándose mas y mas en las gargantas y desfiladeros de aquellas inmensas montañas, con una perseverancia y energia que solo pudo quebrantar un vido de los muchos contratiempos inherentes á su vida errante y aventurera. Llamó fuertemente mi atencion la sinceridad con que se creia un instrumento de la Providencia para descubrir el oro, que sin él habria permanecido oculto hasta la consumacion de los siglos; y he conservado el recuerdo de nuestra corta entrevista, como un ejemplo extraordinario de lealtad y desinterés en aquella region inhospitalaria y salvaje, dominada únicamente por la avaricia, la traicion y la violencia.

Hasta aqui la relacion del viagero; solo nos resta añadir que en este articulo nada hay nuestro mas que la traduccion y el enlace de lo mas notable que se encuentra en su curioso libro.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

LA VELADA DE NUESTRA SEÑORA DE CARRION EN ALBUQUERQUE.

El dia 7 de setiembre tocaba á su fin... La noche dispuesta siempre á reemplazarle, tendia su negro velo, rasgado apenas por la pálida luz de la luna, que reflejando sus débiles rayos sobre mil blancas casas, me permitia entrever y á medida que me acercaba, un pueblo, con toda la munificencia, con toda la hermosura, con toda la poesia en fin de que es capaz la mejor posicion topográfica. Albuquerque, hermoso pueblo. Sobre una pequeña colina se eleva magestuosamente un castillo. Torreón romano que parece dedicado á recordarnos vuestras glorias nacionales.

En torno suyo rugieron inútilmente los huracanes y las tempestades de cuarenta siglos, y las mas fuertes é ilustres generaciones grabaron en su eterno muro sus caprichos y sus nombres para desaparecer despues.

Si; en sus hondas concavidades resonó el rugido de la espirante fiera confundido con la estrepitosa algazara de un pueblo bárbaro que aplaudia el forzado arroyo del intrépido gladiador. Si; sobre sus altas almenas se escuchó el melodioso cantar del ruiseñor que vagaba saltando por los jardines del harem, y en sus negras entrañas ahogó los ayes del cristiano moribundo y el amoroso cantar del trovador.

Al visitarle no es posible evitar esa melancolia dulce y triste á la vez con que bañan al corazon los recuerdos.

Desde el castillo descende la muralla que rodea la

parte mas antigua de la poblacion. La otra se estiende en la llanura con esa elegante sencillez propia de los tiempos modernos. Sobre esa misma muralla tan degenerada hoy á fuerza de groseros remiendos, encontraron los romanos al ocuparla, una encina blanca que les hizo exclamar: *Quercus alba*, y de aqui la palabra Albuquerque con que se designa á este pueblo. . . .

Sabido es que en casi todos los pueblos de España, de esta nacion eminentemente católica, hay, generalmente hablando, predileccion por el culto de una imagen. Pues bien; cuando estas imágenes, que suelen ser la del patrono ó patrona del pueblo, tienen, estramuros de éste situado su santuario, dan lugar en los dias que la iglesia señala para la celebracion de su fiesta, á veladas sumamente deliciosas. La mas notable de Estremadura es la velada de nuestra Señora de Carrion en Albuquerque. El dia 7 de setiembre llegaba yo á dicho pueblo, despues de una larga jornada, á tiempo que un reloj lejano daba las ocho. Sentíase por todas partes un sordo murmullo y una estraña animacion que aumentaba por instantes. El pueblo entero como si hubiera tenido que cumplir alguna sagrada mision y hubiera sonado para ello la hora dada, se lanzó al fin á las calles formado en pequeñas caravanas que se dirigian al campo. Muchas á pie, la mayor parte á caballo. Tuve que dar al olvido mi cansancio para formar parte de aquella estraña peregrinacion. A la salida del pueblo sorprendiome mucho la vista de aquel animado campamento.

El camino lleno de gente, contrastaba con aquella blanca llanura seca por el sol de agosto y alumbrada por la luna, cual negra y corpulenta culebra que serpentea rasgando la nacarada superficie de algun limpidio arroyuelo.

Tropezábase á cada paso con pequeñas comparsas de artesanos que sobre sus bien enjazezados jamelgos y orgullosos de llevar detrás una linda morenita, caminaban cantando alegremente al son de la popular guitarra. Veianse tambien en diferentes puntos del camino á las señoritas principales sobre pacíficos jumentos con su jamuguitas de caoba forradas de terciopelo y guarnecidas de esterilla de plata.—Observábase que contestaban con marcada impaciencia á las reiteradas interpelaciones de las mamás sobre su bienestar, que daban estrepitosos chillidos al menor inconveniente, y que correspondian siempre con ardiente mirada y con encantadora sonrisa al amoroso requiebro del jóven que caminaba á su lado ó que atravesaba el camino galopando.

El viage era encantador, pero corto.

A una legua del pueblo está la ermita situada sobre una pequeña altura que domina aquel bello paisaje.—Una mansa ribera que lame dulcemente su base....

Las hachas de viento que desde la cúspide del edificio derramaban una luz amarillenta y oscilante sobre un mar de cabezas cuyas olas batian constantemente las puertas del santuario.... Los gritos de los dulceros y quincalleros.... Los saludos de los unos y los silbidos ó los chistes de los otros con que eran recibidos los que iban llegando últimamente.... Todo, todo, contribuia á dar á aquella popular escena un carácter de animacion y de belleza difícil de describir.

Notábase en todas las fisonomias una espresion indefinida de alegría. .. Reinaba en medio de aquel inmenso gentío una igualdad completa y una completa armonia: y asombraba ver á todo un pueblo que ocupado en sus trabajos ó entregado á una vida monótona durante el año, abandonaba aquella noche sus hogares, ébrio de alegría, cantando y riendo como un mentecato....

La verde orilla de la poética ribera era una dilatada mesa donde unos bebían y comían opíparamente, mientras otros bailaban sin cesar en la casa de la mayordomia.

Si; el mayordomo obsequió á los concurrentes con uno de esos bailes improvisados encantadores y simpáticos, cuyos recuerdos existen siempre en la memoria y en el corazon del que los presencia y goza en ellos. El primer momento que hubo de descanso y de silencio en este baile lo fué tambien de religiosa contemplacion. Abriéronse las ventanas y todos presenciamos el hermoso espectáculo de la salida del sol que empezaba á teñir de purpurinos colores los vecinos campos.

Entonces advertí en todas las fisonomias, y por un solo instante, una profunda tristeza. Tal vez les agobiaba la misma triste idea y el mismo amargo sentimiento que á mí. Aquella noche, aquellos bailes, aquellos placeres iban á ser arrebatados por la inflexible mano del tiempo.... iban á desaparecer para siempre. ¿Y por qué no le habia de ser dado al hombre detenerse un momento en el camino de la vida?...

Despues de la fiesta y de un espléndido almuerzo con que el mayordomo obsequió á los concurrentes, se emprendió la retirada que el calor y el polvo hacian insoportable. Tambien hubo la noche siguiente gran recepcion en el pueblo, costeada por los jóvenes de él en obsequio de los forasteros.

Cuando me retiré eran las tres de la mañana. Me pareció oír en una calle solitaria llantos y gemidos, y me detuve á escuchar. Abrióse la puerta de una casa y cinco ó seis mugeres salieron llorando y con todas las señales de una desesperacion completa. Entré... vi en el portal algunos hombres cubiertos con sus capas en actitud meditabunda y triste, y empecé á comprender su dolor y la causa de todo. En efecto; en una habitacion inmediata yacia en un mortuario lecho el ca-

dáver de un joven como de 20 á 22 años. ¡Ay! La pálida muerte le habia tocado. Considerando que mi presencia era por lo menos inútil en aquella triste morada, me retiré á procurarme un descanso que tanto necesitaba. ¡Imposible! La idea de aquella familia desconsolada en medio de todo un pueblo entregado á los placeres, no me dejaba sosegar. Ve ahí, me decia yo, la única detencion posible en el camino de la vida... ¡La muerte!...

Ley inflexible de la naturaleza ante la cual todos los seres creados son verdaderamente iguales. Ella va con su horrible guadaña de pueblo en pueblo, de nacion en nacion y de polo á polo... Pasa del palacio á la cabaña y no respeta sitios ni tiempos ni edades ni circunstancias. Y todo lo que al hombre le es dado aspirar, es, á que sus restos mortales se conserven reunidos bajo una pesada losa y que sobre ella se lea despues de largos años.—«Aqui yace fulano.»—R. I. P. Amen.

JACINTO BURGOS MENESES.

EPISODIO HISTORICO-NOVELESCO.

I.

INTRODUCCION.

Al penetrar en Francia despues del convenio de Vergara los restos de las fuerzas carlistas, fueron invitados estos por el gobierno de Luis Felipe para tomar parte en la guerra de Africa, en la cual serian utilísimos por su ya reconocido valor. Desecharon generosamente nuestros compatriotas las ofertas dadas de los franceses, sin que por esto impidiera don Carlos á sus leales y nobles soldados que tomaran particularmente el partido que mejor les conviniese.

Un voluntario de Navarra, que hacia poco militaba en las filas de sus paisanos, y que habiendo tomado cariño á las armas no podia permanecer en la inaccion, pidió permiso al fugitivo don Carlos para ir á combatir en Africa á los enemigos del cristianismo; y concedido, en breve tuvo plaza en el ejército francés.

Provisto de su nombramiento y de su itinerario, marchó á Tolon, y á bordo de un buque de vela emprendió su derrotero al Africa, saludando nuestra costa oriental del Mediterráneo. Divisó pronto la de Africa, distinguió los minaretes de Bugia, y atracó en breve en la rada de Argel, la Al-Djezair de los árabes que se eleva gallarda por escalones desde la orilla del mar hasta una altura que la hace lucir con doble gallardia.

Grata impresion le causó á nuestro compatriota la presencia de la ciudad que tan gloriosos y tristes recuerdos tenia para la España; pero pensaba solo en vengar nuestros reveses derramando abundante san-

nocieron en mas de una contienda entablada por el juego.

Llegaron, pues, á su destino, se incorporaron cada uno en sus respectivos cuerpos, despues de las formalidades de costumbre, y quedaron luego todos en libertad de pasar la noche reunidos en el cuartel.

otros liberales. Permaneció allí hasta 1834 que regresó á la Peninsula y á su pueblo, donde residió hasta el siguiente año, en que se alistó voluntario en las filas carlistas. Hallóse con la guerra civil tan asoladora, vió que todos sus jóvenes compañeros habian tomado las armas, en defensa unos de Isabel y en la de don Car-



Soldados franceses.

II.

FERMIN ZUBIRI.

Tal era el nombre de nuestro protagonista, de quien presentaremos unos ligeros apuntes biográficos, indispensables para mejor conocerle.

Natural de Tudela y de familia pobre, comenzó á servir de criado en cuanto pudo ser útil, siendo mozo de labranza de uno de los principales labradores de su pueblo. Comprometido su amo en la restauracion que se proyectó en 1830, arrastró en pos de sí á sus cria-

los otros, y aunque habia sido perseguido antes por liberal, se encontró con que su hermano militaba en el ejército carlista, donde estaban la mayor parte de los navarros, y á él se fué, presentándose á su paisano el acreditado militar y nuestro amigo don J. Antonio Zaratiegui, que le recomendó á Zumalacárregui, bastándole solo para hacerlo el ser paisano de Zubiri; y es bien sabido el interés que el hoy general se tomaba por sus paisanos y aun por cuantos de él necesitaban; interés que le hacia ser queridísimo del ejército.

Larga seria la biografía de Zubiri si refiriésemos su vida en el ejército; baste decir que á su valor navarro reunia la indolencia del africano, y aumentaba esta cualidad con los vicios que aprendiera en el presidio; vicios que le impedían adelantar en su carrera como lo merecia su arrojo y algunas excelentes cualidades que poseia, y que eran eclipsadas por grandes defectos. Así que, como soldado era el primero, y aunque hubiera hecho un buen capitán, no podia ó no queria dejar de ser lo anterior, siendo toda su carrera una continua serie de actos de valor y de excesos punibles, que le hacian habitar con frecuencia los cepos y calabozos.

Sin querer adherir al convenio de Vergara, se internó en Francia con sus compañeros y siguió su suerte; pero acostumbrado á la vida militar no se encontraba bien con el ostracismo, y por eso le vimos solicitar su marcha al Africa á donde ya le dejamos en el anterior capítulo, para seguirle en su novelesca vida entre los árabes y franceses.

III.

EN AFRICA.

Al llegar Zubiri á las candentes tierras del Africa, estaba en su mayor apogeo la guerra entre los franceses y africanos. Declaróse por entonces el joven emir Abd-el-Kader, en hostilidad con los ya señores de Constantina y otras notables poblaciones del centro, y la Francia se vió precisada á enviar nuevas tropas de refresco al general Bugeaud.

Infatigable este y por salir á campaña á medir sus armas con las de los enemigos aprestó su ejército entre el que se contaban algunas compañías de argelinos que servian á la orden de los franceses, é incorporado en él Zubiri, solo esperaban la orden de marcha.

Las tropas francesas ofrecian en efecto originales tipos por su eterogénea composicion. No habia la variedad que en las tropas de Napoleón que al lado de un regimiento francés, formaba un turco, al lado de este un polaco, le seguia un egipcio y así ostentaba tantas clases de soldados tan distintos como lo eran las naciones que habia recorrido con victoriosa huella. Organizadas y uniformadas perfectamente las tropas de Bugeaud ofrecian un golpe de vista pintoresco, pues no dejaban de ser variados los trages como puede verse en la lámina que los representa con toda exactitud.



Vista de Argel.

gre mora, y con tan belicosa idea saltó á tierra y se encaminó á la ciudad paseando impávido por sus angostas calles, dejándose llevar por sus compañeros de expedicion, militares tambien aunque franceses, pero ya eran buenos camaradas del español, cuyo valor co-

dos, que tuvieron parte en la conspiracion que ha favor de Mina se organizó, para que este entrara en España. Tomaron algunos las armas, y el lamentable resultado de aquellos proyectos alcanzó tambien á Zubiri, que fué preso y enviado al presidio de Africa con

naciones que habia recorrido con victoriosa huella. Organizadas y uniformadas perfectamente las tropas de Bugeaud ofrecian un golpe de vista pintoresco, pues no dejaban de ser variados los trages como puede verse en la lámina que los representa con toda exactitud.

Llegado el día de la marcha, la emprendieron y se dirigieron á internarse en Africa en busca de los enemigos.

La parte que el ejército francés recorría, no era en verdad la penosa de tan ardiente region: son fértiles y bellas las inmediaciones de la costa y si bien no tienen el envidiable clima de España, ni veía Zubiri la poética naturaleza de su país, siempre verde y hermoso con sus pintorescas montañas sembradas de caseríos, y sus frondosos valles adornados con riachuelos, no dejaba de ofrecerle novedad la pródiga vegetacion que se ofrecía á su vista donde creía hallar desiertos y arenas. Gozaba con las palmeras á cuyos frutos no alcanzaba, le ofrecían sombra muchas veces las disformes pitas que en elegantes espirales crecían cayendo sus hojas estremas con esbelta languidez y no faltaban manantiales que templaran la sed de aquellos bravos europeos.

Bugead que reemplazó al mariscal Vallée se propuso desde su llegada á Africa concentrar sus tropas en la provincia de Argel, mediante la evacuacion de varios puntos poco importantes. Contaban en Francia con su energia y su carácter emprendedor para obtener un próspero é inmediato resultado, quiso realizar las esperanzas que en él se fundaban, y para que sus golpes sobre Abd-el-kader fuesen mas seguros resolvió arrebatarle todo lo que constituía su defensa y reducirle á solo sus recursos, arruinando la influencia que ejercía en ciertas tribus, especialmente de la provincia de Orán, de donde incesantemente sacaba nuevos recursos para continuar la guerra.

Entonces tuvo lugar el suceso que vamos á describir con algunos detalles interesantes para conocer algunos hechos de armas que constituyen todo el sistema de guerra en Africa, sistema empleado por los mismos árabes entre sí, que los turcos habían perfeccionado maravillosamente y que los franceses han adoptado con éxito, á pesar de las recriminaciones de los que querían conquistar y pacificar el Africa, con ideas, ó lo que es lo mismo despojarlos dulcemente de cuanto poseen.

IV.

UNA RAZZIA.

Abd-el-Kader, á la cabeza de las tribus que le habían aclamado por gefe, por ser hijo de un marabut venerado que había ido en peregrinacion á la Meca,

le, pero sin dar el mal ejemplo de una civil contienda, escribió á uno de los árabes que servían en el ejército de la Francia, denunciándole un movimiento que iba á hacer Mustaphá, acompañado de sus mejores ginetes y aun de todo el aduar.

Presentóse éste árabe al general francés, y es conducido al castillo nuevo, al gracioso, elegante y pintoresco Kasbac, que erigieron los españoles y adornaron los beys de Orán, y hoy lo habitan los gobernadores franceses. Interrogado aqui, se explicó con serenidad y nobleza, y en vista de su declaracion, se dió en seguida la órden de tomar las armas á una parte del ejército, marchando al punto la infantería sin tambor y la caballería sin trompetas para no promover el mas mínimo ruido.

En este cuerpo de tropas, iba un batallon de la legion extranjera, y en él Fermin Zubiri, que caminaba tambien silencioso por aquel fértil terreno que le recordaba el de su bello país.

Contentos marchaban los soldados todos con la esperanza de una rica presa, y la misma tranquila oscuridad de la noche, que á otros hubiera impuesto, alegraba á aquellos valientes que consideraban reunirse en su favor tales circunstancias por las cuales se prometían mejor botin.

El sepulcral silencio que acompañaba á la marcha del ejército francés, fué interrumpido por dos tiros que se oyeron á no muy larga distancia, apercibiéndose á poco un confuso y lejano vocerío, y el berrido de ganados. Entonces paró el ejército.

El árabe que guiaba á los europeos, descendió entonces de su caballo, se puso de rodillas y colocó su oído en la tierra.

Levantóse, y dijo:

—Ya están en movimiento: los pastores reúnen los rebaños: es el momento de llegar.

Entonces corrió de boca en boca y en voz baja estas palabras prontamente obedecidas.

—A caballo, á caballo.... decían los ginetes que estaban apeados.

—A las armas... marchemos, decían los infantes que estaban descansando.

Y todos silenciosos marchaban deseando encontrar al enemigo.

El terreno que ya iban pisando estaba erizado de juncos y altas yerbas marinas. La cabeza de la columna se encontraba ya en esta especie de cañaverales

los gritos de guerra de los árabes anunciaron llegado el momento de obrar, y tocaron entonces las trompetas á la carga, y los escuadrones franceses se lanzaron por dos líneas oblicuas para envolver al enemigo y cortarle toda retirada.

¡Espectáculo terrible y magnífico, esclama un es-



Un árabe escuchando.

pectador de aquella escena, cuyo terror encogía el alma! De un lado los desgarradores gritos que espresaban el espanto de las mugeres y de los niños, la llamada de los guerreros, las exhortaciones de los ancianos; barullo horrible en el cual se agitaban los animales y los hombres.

El sol se levantaba magestuoso desplegando sus cárdenos arboles para esclarecer tan lúgubre cuadro; y muy poco había andado en su carrera cuando alumbraba la victoria del francés fácilmente obtenida.

V.

EL PRISIONERO.

Hemos abandonado un momento á Zubiri por seguir el movimiento general. Separámonos del cuadro principal de aquella escena, y trasladándonos á las inmediatas tiendas del aduar, veremos á nuestro personaje batiéndose á bayonetazos con los árabes y sirviendo de escudo á las mugeres, aun contra sus mismos compañeros que con bárbara crueldad no respetaban edad ni sexo. Llegó á embarazarle el número de mugeres que tenía en su alrededor postradas de rodillas, abrazándose á sus piernas y besándole los pies; y cuando iba procurando desasirse de los hombres que las codiciaban, vió venir los fugitivos restos de la caballería árabe que corría á ocultar su derrota y á librarse de sufrir la muerte que sus compañeros. Hubiérase dado al paso á Zubiri que se hallaba solo entre las mugeres árabes á quien creían los moros que iba á sacrificar cuando las veían de hinojos á sus pies; pero los gritos que empezaron á dar á los guerreros aclamando al valiente y generoso europeo á quien un árabe iba á disparar un tiro, le contuvo, y haciéndole gracia de la vida le cogieron entre todos y se le llevaron prisionero para que les sirviera de rehén.

A poco, todo había terminado. Eran las nueve de la mañana. El botin había sido considerable, y al emprender la retirada el ejército mas que el cansancio de la batalla les abrumaba la carga de lo apresado.

Contentos volvían todos al punto de partida bien agenos de lo que aun les esperaba.

Algunos de los fugitivos árabes derrotados habían corrido hasta donde estaba el gefe de su tribu y le participaron la desgracia sufrida. Corre entonces á cortar al ejército francés en su marcha, lo alcanza, y hallándolo en una situación crítica pues estaban estenuados todos los soldados de sed, hasta el punto de disputarse un pedazo de terreno en el que escarbaban para en-

contrar algunas gotas de agua, les carga la caballería árabe con el ímpetu que acostumbran y son diezmadas las filas de los franceses que solo pensaban en ganar trabajosamente los muros de Orán.—Mas les imponía el calor que el enemigo; era el mes de agosto y



Una razzia.

procuraba atraerse á las demas tribus, algunas de las cuales no le reconocían. La que mandaba Mustaphá, uno de los mas feroces tiranos del Africa, y la mas inmediata al campo francés, era la que mas guerra hacia á su compatriota, y tratando Abd-el-Kader de destruir

que mecía un soplo de viento y que iluminaba un pálido rayo del sol naciente.

Ya se oía claramente la voz de los camelleros y el balido de las ovejas que los pastores reunían fuera del aduar, y á poco un tiro salido del campo enemigo, y

solo el que haya recorrido las candentes tierras del Africa, puede saber lo que en ellas es el estío.

Hombres habia que tumbados en tierra, la escaraban con débiles fuerzas, hasta quedar exánimes antes de conseguir hualar un poco de arena refrescada; otros sin fuerzas para tal operacion, pedian á sus contrarios la muerte como el don de mas precio que podian concederles en tan horrible trance, y aun soldado hubo que procuró apagar su rabiosa sed con la ardiente sangre que destilaba la herida de un compañero moribundo. Horroroso fué el cuadro de aquella derrota, en la cual se perdió el fruto de la anterior victoria; pero mas horrible fué aun el terror que infundió en aquellos bravos franceses el ardor del clima, en el rigor del estío.

(Se continuará).

A. PIRALA.

LA CASA DEL DIABLO.

TRADICION POPULAR,

POR DON ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA,

Esta image é aqui posta por la alma de Juan Tuorum. Era MCCCLXVIII.

(Inscripcion gótica)

4330.

I.

A las inmediaciones de Santiago se encontraba en el siglo XIV un pequeño cerro que se llamaba *monte Houriz*, donde tenian lugar los desafios de los caballeros y las ejecuciones de los criminales. Por la parte de la ciudad, empezaba en una ermita dedicada á la Virgen de Belen, y concluía con la horca. En la pendiente de esta eminencia se habia construido hácia el Oeste el monasterio de los Templarios, reducido ya á hospital de peregrinos, y decanía de canónigos enfermos, y hácia el Este una humilde capilla perteneciente á la cofradía de la Misericordia.

En una mañana oscura y nebulosa de otoño, en la cual el objeto mas insignificante llevaba consigo un carácter misterioso y de mal agüero, dos hombres subian por distintos senderos hácia la cumbre del monte *Houriz*. El uno habia tomado por detrás de San Pedro de afuera, y el otro habia pasado por delante de la ermita de la Virgen de Belen, arrodillándose por largo rato delante de una tosca imágen en piedra de la Madre del Salvador.

Los habitantes de la calle del *Gozo* observaban con recelo la aparicion de estos dos hombres, por que exagerados sus contornos por la densidad de la niebla parecian dos almas en pena que iban á confesar sus crímenes al pie de la horca de Santiago.

Por esta vez se equivocaban los compostelanos, porque los dos bultos que subian por el monte *Houriz*, eran el caballero Alvaro de Mejia y el herrador Juan Tuorum. Hoy no se buscaban, como en otras ocasiones, para concertar una asonada, sino para exigir una explicacion decisiva ó castigar una voluntariosa imprudencia.

Pronto se encontraron frente á frente. Juan Tuorum vaciló sobre sus pies para permanecer inmóvil; Alvaro de Mejia dilató sus labios con la sonrisa irónica de la altanería. Ambos se miraron.

—Mañana de perros me haceis llevar, buen herrador; dijo el hidalgo pasando y repasando su mano por el pomo de la espada.

—Ayer guardásteis igual noche para mí, le contestó el herrador arreglando su montera y sacudiendo su colete del rocío desprendido de la niebla.

—Ahorra bien.... hace algunas horas que me citásteis para aquí....

—Es cierto, y recordareis también en que lugar.

—En vuestra casa.

—Delante de mi hija. Un amante no se olvida nunca de estos pormenores.

—Sois muy cabiloso....

—Mucho, mucho, repuso Juan Tuorum con amargura....

—Ayer sorprendisteis en mis palabras alguna historia de amores, y.... ya se vé.... el padre de una hermosa plebeya se sobresalta por cualquiera cosa.

—Lo peor es que, por lo regular, despues del sobresalto llega el desengaño. Se puede encontrar, por ejemplo, una ventana abierta ó la llave duplicada de una puerta, y como el antojo de los caballeros corre parejas con su valimiento, lo que hoy es una sombra en los dinteles de una habitacion, puede ser mañana el amante que hace una sorpresa cerca del hogar de la hija de un herrador. Parecéme que os habeis sobresaltado también sin ser padre de una hermosa plebeya.

—¡Todo lo ha revelado! dijo á media voz Alvaro de Mejia. ¡Oh! es una historia interesante la que contais; prosiguió con afectado orgullo. Seguid, seguid....

—Me asesina el corage; exclamó aparte Juan Tuorum. Alvaro de Mejia, repuso esforzando su voz trémula y balbuciente. Olvidadme para siempre.... Bien comprendo que vuestra ardiente imaginacion no

habrá podido reprimir la impaciencia de cualquiera devano.... pero ya veis que es mi único tesoro.... no me lo robeis.... ¿Qué quereis de mí?... Soy un pobre.... no tengo mas que á mi hija. Si vos me la llevais es lo mismo que si robárais á un ciego su cayado.... Todo lo olvidaré, todo. No os sonriais de esa manera.... ahora (Dios me perdone) pareceis el mismo diablo en cuerpo y ánima. ¿Cuándo me llamásteis para buscar gente que se declarase enemiga del arzobispo, ¿he reusado por ventura el esponer mi vida por vos? una cita vuestra ¿no me hacia olvidar hasta la compañía de mi hija?... ¿Quereis mas de mí?... ¿quereis mi vida?... ¡Oh!... tomadla.

Y el herrador se adelantó hácia Alvaro de Mejia con involuntaria humildad.

—Ayer amenazábais, y hoy pedís.

—Estaba ciego de cólera.

—¡Ya!

—Ahora reconozco que sois un caballero, y que sabreis amparar mi dolor.

—¿Cómo y de qué manera?

—Como querais.

—Una sola condicion os exijo.

—Veamos.

—Las puertas de mi castillo de *Tambre* están desde esta tarde abiertas para vos.

—No os comprendo.

—Refugiáos en su torre de la muerte que os aguarda.

—A fé que os comprendo menos.

—Escuchadme. Mañana llegará á Santiago el arzobispo don Fr. Berenguel de Londora.... nada mas os digo sino que trae cuatrocientos peones y doscientos caballos.

—Adelante.... eso quiere decir que si no le abren las puertas de voluntad, lo hará él por la fuerza.

—Ni mas ni menos.... pero no creais que viene como precursor de una reconciliacion con los patriarcas del justicia mayor.

—Enhorabuena.... Ahora... pues... no veo, pero diviso confusamente vuestro consejo.

—Vos fuisteis....

—Esperad un poco.... una pequeña equivocacion encuentro en vuestras palabras.

—Diablo de hombre.... acabad.

En lugar de vos, debéis decir *nosotros*.

—¡Bah!... la equivocacion es vuestra... vos fuisteis quien sublevó los barrios del *Gozo* y de la *Estrella*; vos quien echásteis por tierra las puertas del palacio arzobispal... vos quien disfrazado de peregrino ó vestido de herrador levantó pendones rebeldes en calles y plazas.... ¿Acaso encontrásteis alguna vez en vuestro camino á Alvaro de Mejia? Por Cristo que sois un tanto desmemoriado.

—Ya os comprendo. Vuestro consejo es mas bien una amenaza.

—Todo lo contrario. Oculto en mi castillo estareis libre de las asechanzas de los partidarios del arzobispo.

—Nunca, caballero... prefiero la muerte. ¡Oh! teneis un corazon pervertido.... Si... os volveis al partido de don fray Berenguel de Londora, para recibir nuevos títulos; y no echando en olvido vuestro devaneo, habeis imaginado que mi ausencia alcanzaria vuestro logro, ó si no que mi huida os permitiera vuestro antojo. Bien lo habeis calculado... sola en vuestra casa ó prisionera en vuestro palacio, hariais vuestra á una pobre y sencilla muger... Señor Alvaro de Mejia, prosiguió el herrador dominado por un ciego impulso de enojo reprimido, desenvainad esa espada... pronto.... de aqui solo saldrá con vida uno de los dos... No os echéis atrás... si no veo vuestra espada me echaré sobre vuestro cuerpo... ¡Teneis miedo!.... ¡ya se ve!... vuestro corazon os desarma.... ¿A que no levantais los ojos hácia mí, como yo lo hago hácia vos?... ¡En guardia!.... ¡Bah!... me dáis compasion.

Juan Tuorum se adelantó hácia el hidalgo con los puños crispados y echando sobre las cejas la montera. Alvaro de Mejia palideció, temeroso de que el herrador oprimiese entre sus nervudos brazos su ligero tabardo.

—Hé aqui lo que son los caballeros de vuestro temple, dijo don Juan Tuorum, ni aun quereis escucharme.... por Cristo, que cualquiera diria que soy un asesino. No, prosiguió retrocediendo con dignidad, los plebeyos no escalan ventanas, ni falsifican llaves, ni matan en despojado.... Enhorabuena. Vos me habeis citado para vuestro castillo; yo os cito para la plaza de la ciudad.... Tal vez mañana gritareis *nosotros*, en lugar de *vos* delante de los partidarios del justicia mayor; pero guardé Dios de que esté delante el *diablo*.... Vive Cristo, que voy á separarme de vos, solo por no veros en tal congonga.... Adios, buen caballero... ¡Ah!... se me olvidaba. Os advierto.... como amigo ó enemigo.... lo mismo importa.... que no volvais á escalar las ventanas de mi casa, porque os esperará detrás de la puerta, no ella, sino yo.... Ya debéis comprender que el hallazgo no será de lo mejor.

—Buen viejo, exclamó Alvaro de Mejia, sin que el herrador pudiese comprender el sentido de sus palabras. Vos lo buscáis.... preferia una violenta separacion á la muerte.... ya no hay remedio.... me ha humillado, pero mañana me vengaré.... Diablo de Alvar Rodríguez.... mucho tarda.... ¡Oh! ya le veo venir por la calle de *San Pedro*.... pero reflexionemos.... aun no es hora....

Juan Tuorum contempló por largo rato con altanería indiferencia á Alvaro de Mejia:

—Mucho habeis aprendido en las revueltas, dijo el

caballero como quien desea tomar de cualquiera manera el hilo de una conversacion interrumpida.

—Tal, cual.

—Adquiristeis brio....

—Estais equivocado.... Dios me lo ha dado.

—Y arrogancia.

—¡Oh! y algo de desprecio.

—A los peligros ¿eh?

—Y á los cobardes.

—Desenvainad la espada, repuso Alvaro de Mejia poniéndose en guardia con arrogancia.

—Por Cristo, que teneis una excelente vista.... ya habeis distinguido en la calle de *San Pedro* á vuestro page.... No os precipiteis.... Es guerra desigual.... Dos contra uno.

—¡Diablo!

—Cuando querais, cuerpo á cuerpo, ya sabeis cómo llaman á mi casa los partidarios del justicia mayor.... como vos teneis llamado.... dos golpes repetidos por tres veces.... Por Dios teneos... aun puede retardar vuestro page su llegada y saliros cara vuestra provocacion.

En seguida comenzó á bajar Juan Tuorum de la cima del monte *Houriz* con paso reposado, no sin mirar para atrás alguna que otra vez, temeroso de una emboscada.

—Resolvámonos, exclamó Alvaro de Mejia. Su prision logrará mi objeto.... Todo se lo revelará al arzobispo.... ¡Oh! corazon mio... ¡victoria, victoria!... si... de seguro.... será mia la hija del herrador.

Y desapareció el caballero por un sendero estrecho y tortuoso.

II.

Un repique general de campanas anunciaba en Santiago un suceso extraordinario. Los compostelanos no ocupaban las calles de la poblacion, sino que veian desfilar con el mayor silencio y compostura una numerosa comitiva que venia de Pontevedra. No era una solemnidad esperada la que presenciaban los habitantes de la ciudad, sino una especie de conquista alcanzada por medio de ruidosas concesiones. El miedo y la desconfianza eran los mensajes que Santiago enviaba á los reciénvenidos.

Esta comitiva era el acompañamiento del arzobispo de Santiago don fray Berenguel de Londora, francés de nacion y dominico de religion.

Desde 1316 los compostelanos habian renovado los desafueros del tiempo de Gelmirez. Vencidos en justicia por el prelado don Rodrigo, tocante á la jurisdiccion temporal de la ciudad tomada por los sublevados desde 1221, apelaron de nuevo á la fuerza y gironando el estandarte de don fray Berenguel de Londora enarbolaron el del rey. No satisfechos con esta hostil demostracion, apelaron á la resistencia y negaron la entrada en la ciudad al arzobispo, compeliendo á que el cabildo le acompañase en su destierro. No habia sido esta una decision efimera, sino un movimiento espontáneo y general que obligó á que el prelado y el cabildo permaneciesen en Pontevedra durante dos años.

Tres enemigos poderosos tenia que conjurar don fray Berenguel de Londora: don Felipe, hijo de Sancho el bravo; Alonso Suarez de Deza, y los compostelanos. Del rey y del hidalgo triunfó despues de terribles complicaciones: los habitantes de Santiago, exhaustos de un valor que á la sazón rayaria en temeridad, se resignaban á recibirle lo menos bien que podian: con indiferencia. El pueblo no encontraba el gefe de su primera sublevacion. Hacia algunos dias que andaba místico y cabizbajo por la noche y que apenas se le veia por el día. Su vida era tan oscura y misteriosa que el vulgo le llamaba el *aparecido* despues de llamarle el *diablo*.

Aprovechemos esta ocasion para presentar á nuestros lectores los rasgos mas señalados del *diablo* ó *aparecido*, que no era otro sino el herrador de la puerta del *Camino*, Juan Tuorum, para que puedan buscar con nosotros el origen de su apático retraimiento.

Juan Tuorum era uno de esos hombres laboriosos para todo: hasta para la venganza. No habia estudiado retórica en ninguna parte; pero poseia la impetuosa elocuencia de la resolucion. Los que hablaban con él, eran sus enemigos ó partidarios. Entregado á las faenas de su oficio, se encontraba rodeado de una porcion de buenos amigos, que para la multitud eran otros tantos curiosos: por otra parte, era hombre de gran popularidad en el arrabal del *Gozo*, porque donde él estaba nunca faltaban chistes en las conversaciones, una bolsa para las apuestas y una espada para defender al primero que se le antojase. Su vida misteriosa despertaba algunas veces grave desconfianza por parte de los guardias del arzobispo; pero al encontrarle cerca del cerro de la *Almásiga*, ocupaba en su miserable oficio sin reparar al parecer en quien iba ó venia tomaban por una falsa delacion todo cuanto de él se referia como valedero. También habian tratado de espiar su vida despues del anochecer; pero avisado á tiempo ó adivinando este propósito, andaba de plaza en plaza, de calle en calle, de callejon en callejon, se paraba en todos los santuarios, tomaba agua bendita en todas las iglesias, y si por una estraña casualidad no se habian cansado los que le observaban, entraba en la catedral y se ponía de rodillas delante del santo Apóstol con los brazos estendidos y la cabeza cerca del suelo. Nadie sabia, pues, el paradero de Juan Tuorum, y por una coincidencia original, entretanto que algunos le llamaban el *santo*, su casa era designada con el título de la *casa del diablo*.

A pesar de su olor infernal, oía misa todos los días, comulgaba una vez al mes, era cofrade de la Virgen de la Misericordia, vestía escapulario, sacaba ánima siempre que podía, abrazaba la esclavina del Santo Apostol en los días de indulgencia plenaria, y no se echaban de menos al lado de su cama una pila de agua bendita, un pedazo de palma del domingo de Ramos y un poco de olivo y ruda de la fiesta de San Pedro Mártir. Acompañaba á todos los entierros, asistía á visperas solemnes, daba limosna á los pobres de la cárcel, y alguna que otra vez pagaba los gastos de una novena, á la que asistía como un simple particular. Todo esto nada tenía que ver para que aporrease y acuchillase al primero que encontraba al paso; y que fuese el mayor y mas encarnizado enemigo del arzobispo.... excepto cuando vestía de pontifical ó cabalgaba sobre su mula castaña con capisayo y pectoral. Las continuas revueltas de la ciudad habian encontrado en Juan Tuorum el mas poderoso y atinado agitador; y disimulando sus deseos antes de aventurar su opinion, trataba de explorar el ánimo de los que departian con él algunas revoluciones de trascendencia. Soldado á soldado, y peon á peon se habia grangeado la voluntad de una buena porcion de gente, mal vista y peor recibida de los partidarios de don fray Berenguel de Londra. Sin embargo, la voluntad de Juan Tuorum tenia una oculta direccion, la del hidalgo Alvaro de Mejia. El herrador obedecía á las intimaciones de este caballero de elevada alcurnia, por tener siquiera á quien echar la culpa de sus juramentos cuando le venia á cuento pensar en lo que hacia, en las altas horas de la noche.

Alvaro de Mejia era un joven voluntarioso y resuelto, pero apuesto y galante por añadidura; el cual mejor entendia de como se podia sitiar una belleza que una ciudad, pero era al mismo tiempo sagaz y disimulado, como todos los hombres de carácter pusilánime. Sabia reirse para todo, y las personas de este temple llevan consigo la fascinacion de la serpiente.

En una mañana próxima al regreso del arzobispo á Santiago, esperaba Juan Tuorum á Alvaro de Mejia, el cual bajo el pretexto de platicar sobre una nueva y armada resistencia que los compostelanos podian presentar á don fray Berenguel de Londra, se prometia de esta visita holgada licencia para frecuentar la casa del diablo. Una palidez mortal cubrió las mejillas de la hija del herrador, al reconocer el recién llegado, y permaneció por largo rato trémula y acojonada, como si reconociese en la sombra alguno de esos sueños que las madres tienen á mano para llamar el sueño de sus hijos. Alvaro de Mejia le dirigió una mirada sostenida, en la cual se esplicaba la amenaza del hombre que no encuentra obstáculos en su imaginacion para llevar á cabo un pensamiento. Al pasar al lado de Isabel Tuorum esta se incorporó hacia atrás á semejanza del que se encuentra próximo á caer en un abismo, durante la creadora pesadilla de un sueño. Juan Tuorum, que se hallaba en el descanso de la escalera sin poder observar la sorpresa de su hija y la serenidad de Alvaro de Mejia, se puso en pie alegre y satisfecho, dispuesto á recibir con el mayor respeto á este ilustre caballero.

—Por Cristo, dijo de pronto Alvaro de Mejia sonriéndose con arrogante ironia, que el diablo tiene tan arriba el infierno que bien puede tener abajo un ángel cerca del cual vivis á fuer de poco escrupuloso.

Sonrióse con satisfaccion Juan Tuorum, golpeándose á compás con las manos sus bordados borceguis.

—Nada me habiais dicho de vuestra....

—Hija, señor, le interrumpió el herrador adivinando el sentido malicioso de su mirada oblicua. A cierta edad el hombre no debe decir, sino escuchar palabras de cariño.... aunque no tenga mas consuelo que ver sus canas bien peinadas y mejor compuestos sus vestidos.

—En ello renegais de ser diablo, como el pueblo os llama.

—Al lado de una muger garrida apostaría con el mismo Satanás á que no hemos sido desterrados del paraíso terrenal. ¡Que quereis! viejo y achacoso aun me arde la sangre en las venas, y sino puedo satisfacer mis antojos, me contento con vivir de lo pasado, acariciando á mi hija. Descansar de las fatigas del dia sentado en su mismo taburete y mucho mejor sobre sus rodillas, me place en extremo al distinguir sobre la mesa una comida frugal.

—Bien dicho, Juan. Vuestros ojos brillan como áscuas cuando hablais de vuestra hija... ¡ella os habrá consolado durante tantos meses!

—Señor, ya hizo veinte años que el diablo hizo alianza con la iglesia por medio de un ángel.

—¡Veinte años!

—Justos y cabales. Mi boda fué una verdadera capitulacion. Una mañana vi á mi muger en Santa Maria Salomé, trocamos algunas miradas, nuestros dedos se tocaron cerca de la pila del agua bendita, y nos volvimos á encontrar en el campo de la Estrella. ¡Voto vál'y qué mañana de lluvia y truenos! Le ofreci mi brazo, miró, se sonrió, me esquivó, volvió á mirar, y luego lo aceptó. Por la espada del apóstol Santiago, que no pasé en mi vida una hora de mayor satisfaccion. Aun me parece que levanto mi brazo abrasado por el suyo... A los veinte dias... en todo lo mismo... pedí su mano, y á los sesenta, sobre poco mas ó menos, salíamos de la iglesia no solo del brazo, sino dándonos las manos por debajo del ferreruelo. ¡Cáspita! y como me estremecia al tocar su diestra... mas, mucho mas que si tuviera delante á veinte familiares del arzobispo.... Al año fué madre, continuó el herrador bajando la voz con triste desfallecimiento—y yo viudo. Solo me ha quedado de ella á Isabel.... ¡Oh! no podeis imagina-

ros lo que me ama. Si tardo mas de lo regular se desespera, y todas las noches me importuna preguntándome de donde vengo y en qué aventuras pienso.

Alvaro de Mejia desde el principio de esta relacion se habia sobresaltado contemplando como un insensato á Juan Tuorum. Algunas veces se sonreia abriendo siniestramente uno de los extremos de sus labios, y otras muchas caia en un estupor profundo, dibujando en el suelo con la punta de su espada círculos y figuras hechas á la casualidad.

—Mucho me huelgo de vuestra dicha—contestó Alvaro de Mejia, esforzándose en dar á sus palabras un acento delicado.

—Mas os alegrarais si pudiérais reconocer su corazon.

La frente del hidalgo se arrugó de pronto, y esta mudanza no pasó desapercibida para el herrador.

—Quiero decir, si tuviérais ocasion de hablarla... Ya vereis... voy á llamarla.

Alvaro de Mejia se hizo sangre en la diestra con el filo de su espada, que impensadamente bajaba y subia en su vaina de cuero.

—Dejadla, que poco acostumbrada á recibir visitas acaso le importunará nuestra presencia.

—No faltaba otra cosa sino que prefiriese tal vez algun plato de aluvias á todo un Alvaro de Mejia. Isabel, gritó en seguida Juan Tuorum, ¡Isabel!... subid la botella de vino tostado que me ha regalado el despensero de San Martin Pinario.

Isabel no respondió.

—¡Isabel!, volvió á llamar el herrador.

—No la llameis, replicó el caballero.

Ibase ya á levantar Juan Tuorum cuando un débil acento humano llegó á la habitacion donde habia sido recibido Alvaro de Mejia.

Al poco rato apareció Isabel estremadamente pálida y con los ojos húmedos como de haber llorado en silencio.

El caballero no levantó los ojos del suelo, y el herrador dominado por una impresion dolorosa, exclamó: —¿Será verdad lo que distingo? ¿Habeis llorado? Decidme ¿qué tenéis?... ¿os insultaron desde la puerta? Hablad, hablad por la Virgen de Belem. Yo os llamaba para tener la satisfaccion de presentaros á mi señor Alvaro de Mejia.

Los ojos viadriados de Isabel se fijaron en los de su padre. Parecía la Magdalena implorando compasion.

—¿Nada me decís?

—Señor, tartamudeó la hija del herrador, tengo... tuve miedo... yo misma no sé lo que he tenido... he visto en sueños... pues... dormia cuando me habeis llamado...

—¡Ángel de bendicion!... aquí está vuestro padre para libraros de la desgracia. ¿No tenéis confianza en él?

—¡Oh! mucha, mucha, mucha—dijo Isabel con voz trémula.

Y los brazos de Juan Tuorum recogieron á su hija que ocultaba en ellos un profundo dolor; tal vez, la predicción de alguna desgracia.

Alvaro de Mejia no apartaba los ojos del herrador, probando, bien mal por cierto, una mirada de complacencia para consolar á aquel anciano y venerable padre. La mirada de este caballero centelleaba algunas veces como si fuera de impaciencia ó de desesperacion.

Isabel Tuorum apenas respiraba.

La hija del herrador era una de esas jóvenes de veinte y cinco años cuyas miradas siempre consuelan ó matan. Sobre un cuerpo gentil se destacaba su pequeña cabeza, que movable por demas daba á entender que obedecía á impulsos de una esquisita organizacion. Su semblante era pálido ó sonrosado segun las emociones que se sucedian en su corazon con la velocidad del relámpago; sus ojos negros brillaban con la delicada fruccion del pensamiento, que siempre va mas allá de la verdad; y sus pestañas se perdian en un círculo color violeta que agrandaba los párpados. Su nariz se dilataba, sus labios se entreabrian y su seno se abultaba y disminuía á menudo, dando paso á una respiracion sobresaltada. Era la imagen de un amor incierto, vago, sin objeto; pero violento, irresistible, que lo mismo mata con placeres que con pesares: amor que hace de la vida un sueño para que deplora mas pronto lo poco que dura la felicidad en este mundo. Isabel Tuorum aun no habia amado y al encontrarse sola y retirada habia aceptado el convencimiento del aprecio antes de esperar los inciertos ardores de una pasion. Mañana se casaria la hija del herrador para cambiar de nombre su cariño, para conceder á un esposo lo que habia dado desde niña á un padre, una vez ó nunca se ama; se quiere y estima, muchas. De esta manera Isabel Tuorum estaba sorda á las tentaciones del mundo y se creia feliz con una buena cama, un mediano almuerzo, frugal comida, alguna saya de velludo para Pascuas y las caricias de su padre que le permitia jugar con su barba gris como una concesion á que nadie podia aspirar sin bautizar el suelo con su sangre.

Sin embargo, una pequeña nube de otoño oscurece el sol. La repentina aparicion de Alvaro de Mejia en la casa del herrador habia renovado en la voluntad de su hija un deseo involuntario de preguntarse por algun recuerdo al reconocer desvanecidas de un soplo sus mas lisonjeras esperanzas. Era la primera vez que le pareció el hombre un ser temible cuando contrariado, vaticinó que Alvaro de Mejia meditaba la afrenta ó la venganza. En seguida por una de esas violentas reacciones del temor en lucha con el deber, sus mejillas pa-

lidecieron y de sus ojos brotó un llanto sin gemidos. Despues de haberse obstinado á no recibir las solicitudes de un galan que venia á hablarla escalando las rejias de su humilde morada, su padre lo presentaba delante de Isabel Tuorum, despues de dejarle francas las puertas de su casa. ¡Destino fatal! Bien llamaba el vulgo al herrador.... ¡cosas del diablo!

—¡Criatura angelical! exclamó de pronto Juan Tuorum, tiembla como si estuviera próxima á la muerte.

—¡A la muerte!... ¡cuánto mejor! murmuró su hija.

—¡A la muerte! exclamó el hidalgo y en su fisonomia se encontraron á la vez los dos sentimientos mas opuestos: la alegría satánica y el dolor profundo, acercando aquel rostro á la caricatura de un hipócrita.

Juan Tuorum desapareció con su hija, llevándola en brazos hasta su lecho.

Al volver el herrador encontró á Alvaro de Mejia en el mismo lugar que le habia dejado, solo sus ojos se habian dirigido á otra parte de la habitacion de Isabel Tuorum. En el ánimo del hidalgo tambien se renovaban las solicitudes de su amor y ostigado por la terrible idea de lo difícil, cada palabra del herrador era una profunda herida que laceraba su corazon. ¡Ay! ¡cómo arde la sangre en nuestras venas con los escalofrios de la mas insensata desesperacion cuando ávidos de cariño no podemos apagar nuestra sed en la fuente purísima que encontramos en el camino de la vida!

Bajo un aspecto risueño y agradable, Alvaro de Mejia sufría las convulsiones de la muerte. Un sudor frio humedecia sus sienas, que palpitaban como el corazon de un pájaro, su lengua negaba al disimulo palabras y conceptos, pareciale que su risa tenia la horrosa contraccion del dolor y sus manos pesaban demasiado, hinchándose sus venas de una sangre azulada y ardiente. Estaba condenado á adivinarlo todo: no era un amante celoso, que acusa á una muger de un ligero desden, sino el confidente de la alegría del que le robaba su tesoro. Dotado de una rigurosa organizacion, disimulada bajo un temple de alma indolente y resignado, pedia treguas á su impaciencia valiéndose del arrojo. Bien ageno estaba Juan Tuorum de que hablaba de su hija á un implacable rival, y en esta ocasion como en otras muchas veces se echaba de ver que los hombres son muy poca cosa para sorprender los misterios del alma.

El herrador y Alvaro de Mejia, hablaron en seguida de la próxima llegada de don fray Berenguel de Londra, pero en las palabras del hidalgo se echaba de ver cierto desconcierto por el cual conocia Juan Tuorum que no siempre pensaba en lo que decia. Su conversacion duró poco tiempo y procuró terminarla como si temiera estraviarse ó hacer alguna imprudente revelacion. Al despedirle el herrador, un prolongado suspiro salió de su pecho, un mal pensamiento habia pasado en su cabeza con la velocidad que tienen las estrellas de nuestros sueños fantásticos, al observar que Alvaro de Mejia habia dirigido una mirada escrutadora hácia la habitacion de su hija. Le habia parecido á Juan Tuorum que aquella fisonomia se nublaba despues de reconocer la humilde morada de Isabel. El herrador ni aun detuvo la reflexion en este pensamiento, que nació y se estinguió en un minuto, y subiendo precipitadamente las escaleras, se acercó al lecho de su hija. Isabel Tuorum, luego que reconoció á su padre, procuró ponerse en pie, y mirando en derredor, como quien teme una emboscada ó una traicion, suspiró con la dulcisima ternura que tiene la muger en los momentos supremos de placer ó del dolor y murmuró en voz baja. —¡Ojalá no vuelva á verle.

—¿Cómo os sentís?—le dijo el herrador.

—Me encuentro mas aliviada.

—¡Ángel mio!

—¡Oh! tuve miedo de perder los sentidos.

—¡Alabado sea el Señor!... Tomad mi brazo y bajemos, porque la cena hace ya tiempo que debe esperarnos.

—¿Es tan tarde?

—Ya cerraron las puertas del Camino.

—¡Dios mio! ¡qué débil me encuentro!

—Vamos, hija mia.... haced mas fuerza en mi brazo.... ¿os molestais en bajar las escaleras?... —¡Padre mio! No.... no.

Al poco rato se encontraban Juan é Isabel Tuorum alrededor de una mesa de pino, y cerca de un pequeño hogar que despedia grandes y revueltos remolinos de humo. Ambos comian en una misma fuente colocada en medio de la mesa.

El herrador acentuaba la comida haciendo sonar los dientes con estrépito: tenia esa voracidad que en ciertos temperamentos produce la alegría. Isabel Tuorum, apenas probaba las viandas, una profunda distraccion la embargaba con frecuencia. Su padre procuraba reanimar su desfallecido espíritu con repetidas exclamaciones y frecuentes risotadas.

—¡Voto vál'y que Alvaro de Mejia es un caballero muy cabal, capaz de correr sortijas con el mismo diablo.

Isabel se estremeció y aparentó que le molestaba el humo de la cocina para evitar que su padre reconociese su turbacion.

Arrojando despues Juan Tuorum la montera sobre las rodillas exclamó:

—Por la cabeza de Santiago el Menor que me parece que el tal don fray Berenguel de Londra va á tener que volverse á Pontevedra mal que le cuadre.

Su hija apartó los ojos con la velocidad del rayo de los de el herrador, por que la estaba contemplando con

esa atencion benévola del amor que tiene al parecer sus puntos de importuna y maliciosa, y se asustó como el que distingue una culebra entre el puñado de heno que acaba de cortar.

—¡Que diablo! al fin y al cabo tiempo es ya de que volvamos á dormir sobre los torreones para habérmolas con los familiares del arzobispo. ¡Vive Dios! Isabel que me sienta mal vuestra tristeza.... ¿qué teneis? cualquiera diria que el bueno de Alvaro de Mejía os hizo mal de ojo. Cuidado, hija mia, que los caballeros solo bajan cerca de las villanas, como los cuervos cerca de los cadáveres.... ¿lo entendeis? para destrozarnos algo....

Isabel Tuorum tembló de pies á cabeza: fingió los calofrios del sueño, y se llevó ambas manos á la cara.

—Sueño es lo que teneis ¿no es verdad?

Tardó en contestar la hija del herrador.

—¡Por Cristo! que estoy por decir que habeis perdido el sentido del habla.

—Ojalá fuera el de la vista, murmuró en voz baja, y levantando su acongojado semblante prosiguió—¡Oh! demos gracias á Dios antes de acostarnos.

Quería purificar de esta manera su conciencia y pedir perdón por la blasfemia que acababa de pronunciar.

Juan Tuorum se levantó de pronto con voluntariosa solemnidad, echó sobre la mesa una bendicion mayúscula, se persignó con el mayor reposo, y besando las migajas de pan que habia sobre la mesa empezó á decir en alta voz: *Pater noster qui est in celis....*

Isabel le contestaba en castellano.

Los ojos del herrador se cerraban á medida que rezaba y el *amen* de las oraciones lo pronunció desplomándose sobre el taburete y echando sobre la cara la montera para evitar que la luz no le incomodase mas de lo que era oportuno y regular.

La hija de Juan Tuorum suspiró entonces con profundo desahogo.

Al subir ambos la escalera para acostarse, algun curioso importuno podia aplicarles aquel malicioso retrucano.—*¿Quien lleva á quien?*

(Se continuará.)

TEATROS.

Aunque habiamos presumido, por los antecedentes que teniamos, que la doble empresa de *Varietades é Instituto* no podrian llevar á cumplido término sus compromisos teatrales, y que tarde ó temprano fracasaria su proyecto, no esperábamos, en verdad, que tuviese efecto nuestro anticipado juicio con la prontitud que se ha verificado. Corto ha sido el número de funciones que se han ejecutado en estos dos coliseos. Una compañía desigual en facultades artisticas, una eleccion poco acertada en las obras que eligieran para su estreno, y la armonia poco regular que existia entre los empresarios, han sido elementos poco favorables y que han obstaculizado el término feliz que se proponian. Omitiendo por consiguiente hablar de dos teatros que ya no existen, nos ocuparemos del Principe, de los Basilius y del Circo, con la brevedad que exige una, mas que revista, sencilla noticia teatral.

El coliseo del Principe ha inaugurado la presente temporada con una comedia del teatro antiguo titulada *El astrologo fingido*. La eleccion de esta obra no deja de ser acertada y oportuna. Don Julian Romea fué saludado con una prolongada salva de aplausos no bien hubo aparecido en la escena; estuvo bastante feliz en el desempeño de su papel, y el público, que era numeroso aquella noche, recompensó con demostraciones nada equivocadas de aprobacion, los esfuerzos de un actor de genio y talento. Lástima que el público echase de menos á la señora doña Matilde Diez, cuya notable ausencia no podrá nunca hacer olvidar la dama que actualmente la ha sustituido. En el momento que escribimos estas lineas, se ejecuta en el espresado coliseo la tan conocida comedia traducida que lleva por título *Las pesquisas de Patricio*, de la cual saca el señor Fernandez (don Mariano) todo el partido que le permiten sus facultades.

El teatro del Drama, vulgo de los Basilius, es el que hasta ahora llama la atencion de los que deciden en materia de buen gusto. Desde luego se conoce en esta escogidísima compañía la excelente direccion del emi-

nente actor don Joaquin Arjona. La *Escuela de los maridos* ha sido la obra elegida por dicho actor para su estreno. Creemos no exagerar diciendo, que el mismo Moliere, creador del difícil carácter de don Gregorio, no pudo nunca interpretarle con la verdad que lo hace el señor Arjona. La entusiasta y merecida ovacion que dió el público la primera noche á todos los actores de este teatro, justifica nuestra opinion, y cuenta que no pasa una sola noche sin que los espectadores dejen de tributarles los mismos signos de admiracion. La señora Teodora Lamadrid y el señor Arjona (don Joaquin), son los que recogen mayor cosecha de aplausos.

Tribulaciones! Este es el título de la zarzuela, opereta ó como quiera llamarse, que ha puesto en escena el teatro del Circo. El libreto le ha compuesto el escritor popular don Tomás Rodriguez Rubí, y la música pertenece al acreditado compositor el señor Gaztambide. En abono de esta obra, solo podremos decir, que el público rie sin cesar desde que empieza la zarzuela hasta que concluye; que el teatro tiene buenas entradas cada noche que se repite, y que rie siempre con igual espontaneidad; y por último, que la música gusta y es frecuentemente aplaudida. La noche de su estreno, fueron llamados á la escena los autores de esta divertida composicion; el autor del libreto se hallaba ausente del teatro, y por consecuencia, solo el compositor salió á recibir los aplausos del público que le llamaba con repetidas instancias. El señor Caltañazor desempeñó su cometido á las mil maravillas.

Del teatro de la Cruz tenemos las mejores noticias. La obra de este local, sigue ejecutándose con la mayor actividad, y esperamos que el señor Dardalla presentará una compañía digna de la corte y del público que tan á menudo le ha favorecido. La funcion escogida para la apertura de este coliseo es la comedia titulada *Los celos*, en la que tomarán parte las señoras Sarniego, Baldó, y los señores Lumbreras, Pastrana, etc.

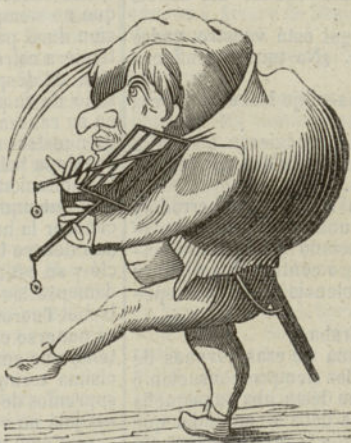
B***



CAPRICHOS SUELTOS.



La música en caricatura.



Un convite de familia.



Presentacion del recién nacido á su papá.



Una respetable matrona bajo la influencia de treinta y seis grados Reaumur.



Cariño maternal.